

Se hallaba moralmente en ese estado de bienestar que se experimenta en un baño del Oriente, cuando de una temperatura elevada se pasa á otra mayor hábilmente impregnada de perfumes, y á través de la cual llega á los oídos una armonía suave como las emanaciones de la mirra. Antonina se sentía llevada por la vida como sobre una de esas nubecillas que atraviesan por el cielo, blancas como un copo de algodón, arrastradas por el viento.

Todo á su alrededor era dulce, radiante, ligero. Como un cisne, se deslizaba sobre las aguas de lo presente.... y cuando algunas veces, como su marido, llegaba á temer el porvenir, su padre la decia:

—Espera.... todo va bien.

Pero estos tristes pensamientos no la acometian sino muy rara vez, porque su existencia flotaba en un vapor de felicidad, si se nos permite esta frase, semejante á esas neblinas color de rosa que vagan por la mañana sobre los prados, y á pocos instantes borran todos los horizontes aun los mas cercanos.



CAPITULO IV.

NEZA.

¿Creeis que haya un hombre que pueda decirse: Tengo tanto tiempo de vida; voy á pasarla lo mas dichosa que pueda, y cuando venga la muerte, léjos de espantarme, la aguardaré como una víctima resignada, que recibe el golpe sonriendo?

No; creer en un sacrificio hecho con tanta facilidad, seria negar ó desconocer la naturaleza humana. El hombre no podrá consentir nunca en limitar sus esperanzas, sino despues de muy rudos golpes.

Así, pues, como ya lo hemos indicado, habia dias, en que al pensar en el porvenir, en ese porvenir tan próximo al cual debian la felicidad presente, pero que á cada instante se disminuia y se perdia en el abismo de lo pasado, Edmundo se golpeaba el pecho y se mesaba los cabellos..... Mil veces habia pensado ir á buscar al señor Devaux y decirle: “¡Salvad-

me!" pero habia temido que el doctor le respondiese: "¡Es imposible!" Y esto era porque desde que sabia la verdad, Edmundo se custodiaba á sí mismo, y se daba cuenta de esos síntomas de que hasta entónces no habia hecho caso, però que ahora se le presentaban con toda su gravedad. Esos insomnios, esos sudores instantáneos, esas impresiones repentinas, esa eterna sed, ese csputo de sangre que le ocasionaban las mas ligeras emociones, ese malestar, esa languidez, esas distracciones, tenian una causa, y cada crisis le arrebatava una parte de su vida. Lo que otras veces habia ocultado á su madre, creyendo que no presagiaba ningun peligro y que no debia asustarla por tan poca cosa, ahora se lo ocultaba, porque en semejante revelacion habria conocido el terrible misterio de la enfermedad de su hijo.

Por otra parte, ella tenia una confianza tan ilimitada, que cuando salia con Antonina, mas bien parecia su hermana que su madre. Hubiérase dicho, que á medida que se envejecia, le descontaba Dios los años.

Antonina habia hecho lo que su marido no osó hacer; le habia preguntado casi diariamente al señor Devaux por el estado de Edmundo, y el doctor, asistiendo al enfermo, por el intermedio de su hija, no le habia dicho aun que hubiese por qué desesperar.

Así pasaron cinco meses; cinco meses, duran-

te los cuales Edmundo pasó la vida que hemos dicho, vida de amor, mezclada de temor.

Cuando pasó ese tiempo, contempló lo pasado y dijo: ¡Cinco meses he vivido! La cuarta parte de mi porvenir!

El Otoño habia comenzado.

—Lleva á tu marido á Niza, dijo el señor Devaux á su hija; haz que cumpla exactamente con lo que voy á ordenarte por escrito, y dame noticia de él cada semana. En Marzo, sabremos definitivamente lo que podemos esperar.

Edmundo y Antonina partieron acompañados de la señora de Péreux, porque Edmundo queria lo que queria Antonina, y la señora de Péreux no tenia mas voluntad que la de su hijo.

Gustavo hubiera deseado acompañar á su amigo, pero no podia llevar á Nichette, y le pareció muy difícil y cruel separarse de ella. Y luego Edmundo, que tenia ya á Antonina, no necesitaba tan urgentemente de su amistad. Quedóse, pues, en Paris prometiendo á Péreux escribirle frecuentemente, á lo cual éste le comprometió tambien solemnemente.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente por qué seguimos paso á paso á nuestro héroe principal. Al ménos, en nuestro concepto, el interés de esta novela reposa todo sobre él. Nada en la historia de los que le rodean y cuyos tipos completan nuestro cuadro, puede ofre-

cernos por el momento pormenores interesantes.

Gustavo ama siempre á Nichette, de la cual es adorado.

El señor Devaux continúa mirando á sus enfermos todos los dias de las once de la mañana á las tres de la tarde.

La señora Angélica ha logrado salvar del dique que la oponia la quincuagésima segunda línea del *Castillo de Kenilworth*, y ha llegado hasta la entrevista de Tresilian con Amy Robsart.

La señora de Péreux continúa, no viviendo, no respirando mas que por y para su hijo.

—Yo quisiera hacer un viage á Italia, habia dicho Antonina, que no quiso anunciar que Niza seria el término que se proponia, porque Niza ha llegado á ser un nombre casi aterrador á causa de la hospitalidad que ofrece á los enfermos incurables del pecho; y los tres habian partido inmediatamente.

Niza se encuentra abrigada por todos lados, y es, por consiguiente, impenetrable á las intemperies. Siempre se respira allí un aire igual: la atmósfera se encuentra cargada de esa tibia, que Gruber recomendaba para la tisis.

Llegados que fueron allí, Antonina aparentó encontrar el sitio tan agradable, el aire tan suave, que no quiso continuar su camino.

—Pues bien, quedémonos aquí, dijo la seño-

ra de Péreux sin sospechar la causa de aquella preferencia.

—¿Conque es decir, que todo ha concluido? exclamó Edmundo dirigiéndose á su muger: ¿conque no hay mas esperanza, y tu padre me envia á morir aquí para prolongar por algunos dias mas mi vida....?

—Al contrario, amigo mio, contestó la jóven arrojándose á los brazos de su amigo; mi padre tiene muchas esperanzas. Ha confiado tu salud á mis cuidados; deja correr tu vida á mis caprichos.... y tendrémos todavía luengos años ante nosotros.

Edmundo alquiló una casita separada de la ciudad, que tiene algo de semejante con un hospital.

Esta casita abrigada junto á una colina, abria sus persianas verdes al sol matutino. Las mas puras exhalaciones la rodeaban, y un sendero encantador, umbroso y lleno de naranjos, conducia de ella hasta las riberas del Var, ese dulce y apacible rio que nace en los Alpes y va á arrojarse al Mediterráneo, á una legua escasa de Niza.

Quando se han contemplado esos hermosos rios del Mediodía, transparentes como el azul del cielo, que reflejan, paseando en su curso tranquilo las flores que la brisa de Estío arrebatada de las riberas, se comprende la mitología de los antiguos y los poéticos esponsales que

hacian contraer á los rios y las riberas bajo los bosquecillos de adelfas y entre las quiebras de las peñas.

Antonina no queria destruir ninguno de los encantos de la vida de Edmundo, y habia pedido á su padre que la indicara todos los medios curativos que podia emplear para su marido, sin que, por decirlo así, percibiera éste que era el objeto de un incesante cuidado.

Así, pues, todas las mañanas, desde que comenzaba á lucir la aurora, Antonina y Edmundo montaban á caballo, y recorrían, ora á galope, ora á trote largo, las riberas del rio; luego volvian á encontrar á la señora de Pêreux que, ménos madrugadora, miraba desde su lecho levantarse el sol sobre el horizonte.

Aquel paseo de por la mañana tenia otro objeto mas importante que el de causar un placer al enfermo: debia fatigarlo y abrir su organizacion á las dos necesidades mas poderosas de la naturaleza; el sueño y la hambre,

Por la noche, una lamparilla ardia siempre en el aposento de Edmundo. Esta lámpara, suspendida del techo, que á primera vista parecia una simple veladora, calentaba una cazolejita de plata, de donde se escapaba un vapor imperceptible de una mezcla de cera blanca, terebintino y otras substancias, que purificaba el aire, y causaba á Edmundo un sueño sin agitacion y sin fiebre. Hasta en sus ali-

mentos se hallaba algo que procurara su curacion.

De esta manera Edmundo debia hallar la salud en todo lo que lo rodeaba; en sus placeres, en sus alimentos, en su mismo sueño; la juventud, la naturaleza y los medios extremos deberian hacer el resto, en caso de que esto fuera insuficiente.

Los cuidados de que era objeto, no se le escapaban, y servian para aumentar, si posible era, su amor por Antonina.

—¡Qué vida tan triste te hago pasar, mi niña querida, la decia algunas veces; pero es nuestra felicidad y nuestro porvenir lo que siembras . . . y si llegas á lograr tu objeto, ¡cuán rica cosecha de amor y de ventura recogerémos!

Esta esperanza hacia agolparse las lágrimas á los ojos de Antonina; y ámbos esposos se confundian en un beso lleno de promesas para lo futuro y de ventura en lo presente.

Vdes. habrán notado, como yo, sin duda, que los enfermos acaban por hacer una especie de vanidad de la enfermedad que tienen; parece que se hallan orgullosos de poseerla, de soportarla y de poder hacerse en cierto modo héroes de la fatalidad. Esta, acaso, es la única compensacion que la enfermedad ofrece á aquellos á quienes ataca; y es preciso concedérselas, ya que no tienen otra. Tendreis lugar de hacer esta ligera observacion en las cartas que Ed-

mundo escribía á Gustavo, y que vamos á copiar; pues que éste será el mejor medio de sorprender, por decirlo así, las impresiones íntimas de Péreux.

“ Mi querido Gustavo, escribía Edmundo: hemos llegado á Niza. Todo aquí tiene al mismo tiempo el aspecto de la vida y de la muerte. Extraño es mirar una ciudad blanca, apacible y llena de perfumes, sonrisa palpable de la naturaleza, sacrificada al dolor y á la muerte. Niza es la imágen perfecta de la enfermedad, á la cual trata de dar un consuelo á lo ménos.

“ Hállase en ella esa dulzura melancólica, esa transparencia y esa palidez de la mirada que se encuentra en los que, como yo, vienen á pedirle un momento de alivio: mas lejos se admira esa vegetacion exhuberante y fuerte que brota de las rocas, y que es como la imágen de la vida ardiente y fecunda que no admite en su seno.

“ Nuestro género de vida aquí es muy sencillo. Me dejo cuidar por Antonina con todo el afecto de su corazon, y poner en práctica todos los consejos que la da su padre. Ya sea que los cuidados que me prodiga, me causen algun bien, ó sea que tenga necesidad de mecarme en halagüeñas esperanzas, lo cierto es, que me parece que aspiro con mas facilidad la existencia. Ya no estoy tan pá-

lido como en Paris, y á veces me abandonan mis sombríos insomnios. Un rayo de sol se desliza por en medio de mis dudas.

“ Hay cierta clase de cosas que no puedes comprender tú solo, tú, cuyos anchos pulmones pueden alimentarse con el aire de todos los paises; pero que trataré de explicarte, porque son uno de las mayores consuelos de mi mal. Evidentemente percibo todo lo que me rodea bajo un aspecto muy diferente. El amor, las flores, el cielo, todas las cosas que ha criado Dios, se me aparecen, ahora que temo separarme de ellas muy pronto, de muy distinto modo de como se me representaban cuando creia poder gozar de ellas durante luengos años.

“ La casa en que vivimos, se halla al pié de una pequeña colina llena de profundas escavaciones y sembradas de árboles enanos. Muchas ocasiones, á la hora en que el sol derrama con mayor fuerza su lurabre, como para probarme que puedo luchar aun contra la fatiga que hace sucumbir aun á los mas fuertes, me estravió en este pequeño desierto lo recorro con la frente descubierta aspirando y recogiendo todas las emanaciones y todos los ruidos que lo pueblan. Me hallo solo, y penetro en alguna fresca cavidad, en donde me siento gozando con el sudor que poco á poco se enfria sobre mi frente. Entónces

“ suelo preguntarme: ¿Me enfermará lo que
“ hago?—y me respondo: Si nada me resulta,
“ es porque sin duda no estoy completamente
“ condenado.

“ Me ejercito, pues, en vivir suscitando difi-
“ cultades á mi vida, yo, que debería pasar el
“ tiempo únicamente en preservarla de todo
“ ataque. Hay momentos en que me parece
“ que la naturaleza tan solo puede curar los
“ males que provienen de ella: entónces cor-
“ ro, monto á caballo, bebo y como sin otra
“ guía que mi capricho, y en seguida me es-
“ tudio. No sufro mas, y aun á veces esperi-
“ mento cierto consuelo y alivio.

“ ¡Qué dichoso sería viviendo amando y
“ amado como ahora lo estoy . . . ! Si supie-
“ ras qué ángel me ha permitido Dios que en-
“ cuentre en mi camino . . . ! Hé aquí lo que
“ muchâs veces me hace temer que mi vida no
“ sea de larga duracion.

“ El cielo no me ha concedido semejante
“ compañía, suelo decirme, sino porque en su
“ clemencia ha pensado que mi alma tendria
“ necesidad durante los cortos momentos que
“ me han sido concedidos, de apoyarse en
“ una alma simpática.

“ Oh! quisiera vivir para Antonina. . . espe-
“ rimento en el alma un manantial inagotable
“ de ternura. Aun cuando viviera cien años,
“ creo que no tendria tiempo suficiente para
“ probarla mi amor.

“ Veo en derredor mio jóvenes de mi edad
“ en buena salud, y casados, que pasan la vida
“ en ocupaciones incomprensibles; maridos de
“ mugeres bellas y jóvenes, que son jugadores,
“ ó, lo que es todavía peor, que prefieren el no
“ hacer nada á pasar la vida adorando á sus mu-
“ geres. ¿Y puede haber mejor empleo para
“ la vida, que el de consagrarse á la muger á
“ quien se ama. ? En lugar de referirlo
“ todo á la criatura que Dios les da, procuran
“ constantemente alejarse de ella. ¿Creen haber
“ leído en un año ó dos todo el libro de su
“ alma, cuyas páginas y aun cuyas palabras
“ son un encanto por sí solas. ? ¡Cuán-
“ to mejor comprenderian la felicidad de la
“ vida esas gentes, si la fatalidad les hubiera
“ dicho como á mí, señalando un término cer-
“ cano: “No pasareis de allí . . . !”

“ Desde que amo á Antonina, amo mas á mi
“ madre, porque comprendo el enorme sacrifi-
“ cio que ha hecho consagrándome todo su
“ afecto. ¿Quién le impedía á la edad que te-
“ nia cuando murió mi padre, el volverse á ca-
“ sar y buscar en un amor que jamas conoció,
“ esos goces que solo quiso hallar en su hijo,
“ y que son tales, que me parece que todo de-
“ biera abandonarse por ellos? ¿Muerto yo,
“ será Antonina lo que ha sido mi madre? ¿So-
“ brevivirá este amor en que ahora nos inun-
“ damos, á la muerte de uno ú otro? ¡Terrible

“duda! Pero seria mucho exigir de ella, exigir un juramento que la ligase á mi memoria como á mí mismo, y que se le convirtiera en remordimientos si faltase á él ?” Al contrario, solo una cosa pido á Dios, y es, que por cualquiera medio conceda la felicidad á esta casta niña, que me ha sacrificado la flor de su juventud, y la juventud de su amor. Puedo morir, amarla otro, amar ella á otro tambien; pero ninguno podrá recoger como yo el tesoro de sus primeras impresiones, ni revelar el misterio del primer cambio de almas; y estoy seguro de que mi memoria se le renovará constantemente, aun en medio de los momentos de dicha que deba á un segundo amor.

“Serás siempre su amigo, ¿no es verdad? Vigilarás sobre ella; le harás continuar en su costumbre de ir á visitar el lugar en que yo repose; porque aunque algunas veces pienso en el porvenir, la fria realidad se aparece siempre ante mis ojos. Acuérdate, Gustavo, que te amo como á mi hermano, y que tú debes protegerla como á tu hermana.

“Si alguna vez se la engañe, tú la defenderás ¿no es verdad? y al hombre que la hiciera padecer, lo matarias !”

“¿Para qué pensar en esto?”
“Algunas personas han querido trabar amistad con nosotros; pero yo me he opuesto á

ello. ¿A qué fin contraer sérias relaciones que no pueden ser de larga duracion, y que no harán sinó aumentar el dolor de una eterna separacion? ¿Para qué contraer, por el contrario, relaciones comunes y fáciles, que para un hombre ocupado como yo únicamente de dos pensamientos continuos, la muerte y el amor, no pueden servir ni de consuelo y ni aun de distraccion?

“¿Habria de pasar mis noches, jugando al tresillo ó al ajedrez, yo, que en dos años quiero ser tan dichoso como cualquiera otro puede serlo en cincuenta; yo, que tengo á mi madre, á mi muger y á un amigo como tú á quienes amar, y que no cuento mas que un tiempo limitado para esto?”

“Ahora cuento todavía por años; luego contaré por dias mas tarde será par minutos . . . como mi padre. ¡Cuánto debió sufrir él, que no amaba como yo amo . . . ! ¿Pero al momento de la muerte, este amor será para mí un consuelo ó una duda . . . ? ¿Y la felicidad de lo pasado, no me hará mas amargo contemplar que carezco del porvenir?”

“¿Cuánto debo fastidiarte, hablando siempre de mí . . . ! Perdóname lo que acabo de decir, amigo de mi corazon; no tengas cuidado: ni ahora, ni nunca he dudado de tu amistad, y siempre has sido y serás, mientras viva, el confidente de mis mas íntimos pensamientos.

“ ¿No te figuras cuán felices seríamos, qué
“ buena vida nos pasaríamos, si el señor De-
“ vaux lograra salvarme? Prolongar por el
“ límite ordinario de la vida la felicidad que no
“ espero sino gozar por algunos instantes, ¿no
“ sería el paraíso sobre la tierra? ¿Poner uno
“ su corazón al abrigo de todo padecimiento
“ entre estas tres afecciones . . . ? Oh! Gustavo,
“ ruégale á Dios, ruégale por mí.

“ Escríbeme frecuentemente; háblame de Ni-
“ chette, tu linda y buena querida. ¿La amas
“ siempre lo mismo? ¿Te corresponde ella como
“ ántes ?

“ ¡Pobre Nichette! cómo lloraba el día en que
“ la carta que te escribió, cayó en mis manos!
“ ¡qué buena es . . . ! Pues á esa carta es á la
“ que en cierto modo he debido la felicidad de
“ que gozo

“ Dala un abrazo á esa linda niña á mi nom-
“ bre, y dila que muy pronto la enviaré algu-
“ nas telas y chales que vienen del Oriente, y
“ que una especie de contrabandistas venden
“ aquí.

“ Antonina te envia el mas dulce y fraternal
“ beso que te puedes imaginar, plegado en
“ cuatro dobleces dentro de esta carta”

Antonina escribia tambien á su padre, de es-
ta manera:

“ Mi buen papá: Hace algunos dias que he-
“ mos llegado á Niza. . . .

“ La señora de Péreux me ama siempre co-
“ mo á su hija; y lo que soy yo, voy conociendo
“ que desde que estoy lejos de tí, te amo cada
“ día mas, si es posible amarte mas de lo que
“ ántes. Yo soy dichosa, muy dichosa, padre
“ mio; nunca te arrepientas de lo que has he-
“ cho; pero sí acuérdate que de tí depende que
“ mi felicidad sea de larga duracion. Que Ed-
“ mundo viva, y todo irá bien, porque si le su-
“ cediere una desgracia, en verdad que no sa-
“ bria lo que seria de mí.

“ No he descuidado ninguna de tus recetas y
“ recomendaciones; y tal vez me engaño, pe-
“ ro me parece que mi marido va mejor.

“ Nada podrá darte una idea de la profunda
“ y tierna afeccion que me tiene Edmundo: yo
“ no me atrevo á espresártelo, por temor de po-
“ nerte celoso, mi bueno y escelente papá; pero
“ sabe que es imposible haya una muger mas
“ amada que yo.

“ Dicen que los médicos lo esplican todo. Tú
“ que eres médico, esplicame, pues, el senti-
“ miento que experimento por mi marido. Es
“ una afeccion sin reserva, que debe parecerse
“ un poco al amor maternal; paréceme, en efec-
“ to, que mi madre me amaba como yo amo á
“ Edmundo. Esto consiste sin duda en que,
“ aunque muger, soy mas fuerte que él y tiene
“ necesidad de mi proteccion. Su enfermedad
“ me causa sensaciones estrañas. . . . No le

“ pido á Dios mas que una cosa, y es, que lo
 “ sane, porque toda nuestra felicidad consiste
 “ en esa curacion; para lograrlo, hago cuanto
 “ está de mi parte.

“ Pero ¡si supieras! cuando durante un dia
 “ entero no ha tenido ni un momento de debi-
 “ lidad; cuando se ha verificado una de esas
 “ curaciones mōmentāneas; que hay en todas
 “ las enfermedades, en que un poco de tiem-
 “ po desaparecen todos los síntomas, me siento
 “ como celosa; me parece que quisiera verlo
 “ mas enfermo, á fin de que fuese mas mio
 “ El amor ¿no será mas que un egoismo su-
 “ blime?

“ No te enojarás porque ame tanto tanto á
 “ mi marido, ¿verdad? Acuérdate tú cuánto
 “ amabas á mi madre. . . .”

Antonina no podia pormenorizar á su padre todo lo que experimentaba por Edmundo. Su pudor de muger la hacia adivinar vagamente, que hay ciertas afecciones que no pueden ser las confidentes de otras sin rivalidad. Acaso habia dicho ya mas de lo necesario en lo que acaba de leerse.

Pero nosotros podemos sin ninguna clase de temor, recibir la confesion de este amor juvenil, poético, lleno de sentimiento y de melancolía, expansivo como el amor sensual, humilde y tierno como el amor de una her-

mana, inteligente como la vigilancia de una madre.

Hubiera sido ciertamente un estudio muy curioso el de esta muger jōven, bella, fuerte, llena de salud, siguiendo paso á paso al hombre á quien amaba, confesándose á sí propia todo el egoismo de este amor y diciéndose: Es mi felicidad la que vive en este hombre; cuando él muera, mi ventura, mi fuerza, mi juventud, mi belleza, mis creencias, mi amor, todo se desvanecerá. . . .! Es el vaso en el cual he depositado mi corazon, que se habia hecho muy pesado para que lo pudiera llevar yo sola Roto el vaso, mi corazon cae. . . . y no quedará mas que fango.”

Otras veces se decia Antonina—“¿Qué seria para mí la vida sin Edmundo? Continuar viendo árboles y casas, vivir como un autómata entre un cielo que no habria tenido piedad de mí, y una tierra que hubiera prontamente recobrado el tesoro de mi porvenir; tocar sin sentir: ver sin mirar, oir sin comprender: he aquí lo que es la vida sin amor. . . . Y ¡amar por segunda vez! esto es imposible. El corazon no puede contener dos amores, como la semilla no puede contener dos gérmenes. . . . Cuando el primero ha muerto, el corazon muere tambien. ¿De qué sirve vivir entōnces, y por qué se acepta la nada, para aquel á quien amamos, y no tambien para nosotros? ¿Por qué no se lia de con-

tinuar la fidelidad hasta mas allá de la tumba, y del mismo modo que en la vida mientras vivo seguirlo siendo durante la muerte? ¿Qué quimérico y cobarde temor puede retener al ser, que ve arrojar la tierra sobre el objeto de su adoración? ¿Será el dolor que precede á la muerte? ¿y qué cosa puede ser ese dolor? ¿O será acaso el castigo del suicidio? Dios que perdona á la muger adúltera, ¿podrá castigar á la muger fiel, que sigue á su marido hasta su tribunal divino? ¿Será la esperanza?... Ay! la esperanza: esa flor que llaman eterna, no retoña jamas sobre las tumbas....

“Si á pesar de todos mis esfuerzos, Edmundo sucumbe, moriré con él.

“Pero mi padre, mi pobre padre, ¿qué será de él si lo abandono?... Oh! cuán clemente es Dios, que da siempre al ser desesperado alguna razon para no abandonar la vida. Mi fidelidad á mi esposo seria un crimen hácia mi padre.

“Dios mio! esclamaba entónces Antonina cayendo de rodillas, pues que tanta felicidad y tantas existencias dependen de la vida de un solo hombre, consérvanoslo !”

Y como si Dios se hubiera apresurado á tranquilizar el angustiado corazon de la niña, recibia una carta de su padre, concebida en estos términos:

“ Parece, hija querida, que quieres burlarte de tu buen papá, cuando le pides esplicacion de tus sentimientos. Los médicos no todo lo esplican, porque casi todos son materialistas, y nada se puede esplicar satisfactoriamente por la materia. . . . pero si ellos tuvieran como yo una hija que les hiciera entrever el cielo, ¡cuántss cosas conocieran, que ahora pasan desapercibidas para ellos.

“ Yo, que creo en Dios como en todo lo verdadero y bueno; yo, que quiero que tú seas la muger mas dichosa porque has sido la hija mas humilde y amorosa; yo, en fin, que sé que la alegría de toda tu vida depende de la salud de Edmundo, te diré ésto: Hay dos medios de curar á un enfermo; el uno consiste en obrar sobre su cuerpo; el otro consiste en obrar sobre su alma.

“ Tú posees el alma de Edmundo, y te la abandono sin reserva, porque para ella no puede haber mejor médico que tú.

“ Por lo que hace al cuerpo, ya le hemos tomado alguna delantera á la enfermedad, y ya verémos si ha de ser ó no inútil la ciencia que Dios ha concedido al hombre.

“ Ruégale, pues, á Dios; ¡cree y espera. . . . !

Quince dias despues de que Antonina habia recibido esta carta, escribia á su padre esta esquela. . . .

“ Inmediatamente que recibas esta carta, que-
“ rido papá, abandona Paris . . . déjalo todo; ven
“ á reunirte con nosotros. Por mas prisa que te
“ dés, puede ser que llegues tarde. . . . Edmun-
“ do está muriendo ”



CAPITULO V.

SE ACERCA LA MUERTE.

Habia bastado una imprudencia de Edmun-
do para hacer retroceder repentinamente á la
enfermedad de la via, si no de curacion, á lo mé-
nos de alivio en que se hallaba desde su llega-
da á Niza.

Como lo hemos visto ya en una de las cartas
que le escribia á Gustavo, le sucedia frecuen-
tamente correr al sol, y detenerse de pronto en
alguna fresca sinuosidad, en donde sentia el
sudor helarse sobre su frente. No habia teni-
do, por cierto, que repetir por muchas ocasiones
esta clase de esperiencias para resentir sus fu-
nestos efectos, y un dia volvió á su casa con la
cabeza agobiada por un violento dolor, con una
convulsion que lo agitaba desde los pies á la
cabeza, habiéndose visto obligado á meterse en
la cama despues de un largo desmayo.

En este momento fué cuando Antonina es-
pantada con la violencia del ataque, escribió á
su padre que viniera á ver á su marido.